

De cómo conocí a Evangelina Elizondo

Manuel Peña Muñoz

Todas las tardes, después de almuerzo, mi tío Héctor me invitaba a acompañarlo al cine del pueblo porque trabajaba allí como proyccionista. En aquellas vacaciones en Talagante no había mucho que hacer en las inmediaciones de la enorme casa familiar donde veraneábamos. Las tardes transcurrían monótonas en medio de sauces y esteros, de modo que el mejor panorama era acompañar a este tío, pues era pretexto para pasar toda la tarde viendo películas.

Cuando llegábamos al Teatro Plaza, yo miraba las fotografías exhibidas en la entrada para ver qué películas proyectaban esa tarde. Por lo general eran películas mexicanas, españolas o argentinas, protagonizadas por Jorge Negrete, Marisol o Libertad Lamarque. También pasaban muchas de terror protagonizadas por Vincent Price o Peter Lorre como *La fosa y el péndulo*, *Museo de Cera* o *La pavorosa Casa Usher*. Luego de atravesar el hall embaldosado y de saludar a la boletera, entrábamos a ese recinto cerrado en donde estaban las enormes máquinas proyectoras. Mi tío Héctor sacaba las películas de unas enormes latas cilíndricas y con mucho cuidado las ajustaba a los complicados engranajes. Por un pequeño cuadrado abierto en la pared, mirábamos si habían llegado algunos campesinos a sentarse a las viejas butacas de felpa roja muy gastadas por el tiempo y la humedad.

Por lo general, en esa primera función de *matinée* casi no había público, pero a medida que avanzaba la tarde, solían llegar algunas

señoras o caballeros solos que se distribuían en forma separada en filas alternadas. Cuando se apagaban las luces y empezaban los noticiarios, mi tío Héctor me hacía pasar a la platea a través de unas espesas cortinas de terciopelo. Era ese un momento muy privilegiado para mí, pues tenía la agradable sensación de entrar al cine sin pagar la entrada y sentarme donde yo quisiera, sin necesidad de entregar la entrada al acomodador.



De inmediato, me sumergía en aquellas historias que me fascinaban. Podía estar toda la tarde en aquella sala de cine, viendo hasta dos y tres películas musicales o de bandoleros. Como la mayoría eran mexicanas, me empecé a familiarizar con las actrices y actores de México. Sabía quienes

eran María Félix, Dolores del Río, María Antonieta Ponds, Luis Aguilar, Tin Tan, Miguel Aceves Mejías y especialmente Evangelina Elizondo, una actriz en quien empecé a fijarme, pues aparecía a menudo en aquellas viejas películas como *Música, espuelas y amor* y *No me platiques más*. Su rostro tan especial, su nariz levemente respingada, su pelo rubio y su sonrisa, me encantaban. Me parecía tan familiar, como si la conociese de siempre o como si fuese una prima simpática que actuase en las películas.

En esos años, en México se estilaban también las películas de terror, así que en aquella sala de cine vi *El castillo de los monstruos* con mi actriz favorita y un actor cómico mexicano llamado Clavillazo. En aquella película, Evangelina Elizondo cantaba “De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera”, cosa que me